

IV.

¡Cómo está la sociedad!

Es decir, ¡cómo la pone un *poeta* mejicano, en el mismo número del periódico de la gimnástica, que ya ustedes conocen!

En el mismo número, sí, en el mismo número del *Porvenir de Méjico*, y poco después de los antojos del Sr. Molina, vienen otros versos en que arremete contra la sociedad otro *poeta* que se llama.....

Bien dice el refrán, que «en todas partes cuecen... Velardes.»

O si no cuecen, por lo menos debían cocer, para que se les quitara la crudeza con que tratan á la sociedad... y á la poesía.

Porque lo que es este Velarde, que así se llama el *poeta* mejicano aludido, es terrible, mucho más terrible que el otro que teníamos acá y que se nos murió hace poco.

¡Dios le haya perdonado!

Y Dios le perdone también á este de Méjico cuando se muera.

O antes.

Dios le perdone el ensañamiento con que trata á la sociedad, que regularmente no le habrá hecho ningún desaguizado fuerte.

Como tampoco le habrá hecho la poesía más que no hacerle caso, y no sale por eso mejor librada.

Titula el Sr. Velarde su obra de este modo:

«LA SOCIEDAD Y EL POETA

FRAGMENTO.»

Sí, fragmento... Afortunadamente se le quebró al Sr. Velarde la composición y no ha podido presentárnosla entera.

Después que vean ustedes el fragmento, harán el favor de decirme, si la cosa no se llega á romper, lo que nos hubiera pasado.

Así empieza:

«Y tú ¿qué haces, sociedad inmunda?»

¡Buen principio!

¿Qué les parece á ustedes del apóstrofe?

Y esto no es más que para empezar, con que váyanse ustedes preparando.

«Y tú ¿qué haces, sociedad inmunda?....»

Por supuesto que la sociedad no le contesta, y hace bien. Porque figúrense ustedes en qué vendría á parar una disputa que comienza con tales epítetos.....

Pero el poeta, llamémosle así, suple el silencio de la interpelada, y se contesta á sí mismo.

Verán ustedes lo que dice él que hace la inmunda sociedad:

«Y tú ¿qué haces, sociedad inmunda?...
Te revuelcas en pútridas orgías,
Y en tu mortal putrefacción profunda
No ves que llegan tus postreros días.»

¡Qué afición á las pes!... Pútridas, putrefacción, profunda, postreros... Podrías pasar, pésimo poeta, por pariente próximo de Pío Pita Pizarro; aquel gobernador de Madrid de las tres pes y de progresista memoria.....

Por lo demúz, como dice Cánovas, me parece que en cuanto á energía en los calificativos no deja nada que desear.

Y sigue:

«Cómplice infame de sofistas viles,
Al genio miras con sangriento encono.....»

Pues ¿qué le ha hecho á usted? Vamos á ver... ¿En qué ha conocido usted que le mira con sangriento encono la sociedad?....

Porque supongo que eso del genio lo dirá usted con referencia á usted mismo ¿eh?... Sí, conozco el sistema ese que tienen ustedes, los malos poetas, de llamarse á sí mismos genios



á cada paso. Lo que hay es que no alcanzo los motivos que pueda usted tener para decir que la sociedad le mira á usted con encono sangriento.....

Siga usted.

«Cómplice infame de sofistas viles,
Al genio miras con sangriento encono,
Y adoras luego sórdidos reptiles,
Sandias urracas, nauseabundos monos.»

¡Muy bien dicho!....

Y eso que los monos, aun siendo nauseabundos, no son en rigor consonantes de encono, ni aun cuando el encono sea sangriento. Pero esta es una faltilla de poco más ó menos, que al lado de esa riqueza de epítetos, infame, viles, sangriento, sórdidos, sandias, nauseabundos, postreros, pútridos é inconcomitantes, resulta imperceptible.

Lo demás, muy bien. Y la está bien empleado á la sociedad ese chaparrón de improprios... ¿Quién la manda mirar al genio con sangriento encono?....

Adelante, adelante. Vamos á ver qué más picardías hace la sociedad inmunda.

«Tú del poeta el corazón destrozas.....»

¿También ha hecho eso? ¿También le ha destrozado á usted el corazón la sociedad?

¡Mire usted si es cruel! ¿Por qué no la llama usted también descastada y sin entrañas?

«Tú del poeta el corazón destrozas
(¡No venga usted con brozas!)
Y sofocas sus quejas desgarradas;
Y estólida al mirarte te alborozas
(Y brincas y retozas)
Y prorrumpes en sandias carcajadas.»

¿Qué le parece á usted la estrofa con las dos adiciones más? Diga usted francamente... ¿No es verdad que ha mejorado algo?... ¡Si parece ya una estrofa de Núñez de Arce!

Y eso que aquel mirar... te te, que ha puesto usted en su tercer verso, no está del todo fino.

Y el epíteto sandias, aplicado á las carcajadas, también tiene de malo que hace poco se le aplicó usted á las urracas adoradas por la sociedad infame.

Vamos andando.

«Tú le rechazas.....»

Tú, suple sociedad, le rechazas, suple al poeta.

«Tú le rechazas, miserable arpía,
(Sigue la letanía),
Como si fuera repugnante perro,
(Si se empeña, le encierro):
Tú has insultado la tristeza mía.....»

¡Vaya! ¡Acabáramos! Al fin declara usted

que el genio ese á quien mira con sangriento encono la inmundada sociedad, y el poeta cuyo corazón destroza y cuyas quejas *desgarradas* sofoca la miserable arpía, es usted.....

«Tú has insultado la tristeza mía.....»

Vamos, la de usted, la del poeta, la del genio..... ¿Y así, con esa falta de modestia, se proclama usted genio y poeta *urbi et orbi*?....

Pues mire usted..... Yo creo que tampoco será verdad que la sociedad inmundada le haya hecho á usted todas esas juidadas de sofocarle las quejas, destrozarle el corazón y mirarle con encono sangriento. Pero aunque le hubiera hecho á usted todo eso, no sería culpable de haber causado destrozo alguno en corazón de poeta, ni de haber mirado con sangriento encono al genio; porque usted no es genio, ni poeta, ni cosa que lo valga.

¿A ver qué más?

«¡Tú has insultado la tristeza mía!
Me has traspasado con candente hierro.»

¡Pero hombre! ¿Hasta eso ha hecho con usted?.... No se le puede á usted creer.....

Por supuesto, que en rigor, bien merecía usted ese duro castigo que se aplicaba á los blasfemos antiguamente, porque no es otra cosa que una sarta de blasfemias poéticas, ó más bien antipoéticas, el tal fragmento.

Siga usted:

«*Ruin, corrompida, estúpida, coqueta.....*
(¡Nada más! ¡Zapateta!)

De horrendos vicios *pestilente* esponja,
(¡Ya escampa!.... ¡Otra lisonja!)

Tú no perdonas al veraz poeta.....»

Es decir, que no le perdona á usted; porque usted es, ó quiere ser, el *veraz poeta*.....

Pues hace muy bien en no perdonarle á usted. En primer lugar, porque no es usted poeta, y luego, porque tampoco es usted veraz, porque exagera usted los vicios y las faltas de la sociedad, que aunque no es buena, no es tan mala como usted la pone.

«¡Ah! Nunca esperes que el cantor doliente
Sus dolorosas convicciones tuerza.....»

Ni hace falta; porque las tiene ya bastante torcidas, ó por lo menos mal dirigidas, en lo literario.

«¡Ah! Nunca esperes que el cantor doliente
Sus dolorosas convicciones tuerza,
Porque se oculta en su indomable frente.....

(¡Qué será?... ¡Dios clemente!)
Del *aquilón septentrional* la fuerza.....»

¡Atiza!

De modo que esa cabeza es una bomba de aire comprimido.....

¡Ya, ya! ¡Bien se conocel....

Pero ¿por qué dice usted eso del *aquilón*

Se ha observado que las personas cuyos nombres ó apellidos son de esos que expresan determinadas cualidades, suelen tener las contrarias precisamente.

Es decir, que los que se llaman de apellido *Moreno* suelen ser rubios, y los que se llaman *Rubio* suelen ser morenos, y un *Hombono* suele ser un bribón, y un *Cándido* suele ser un tunante, y una *Rosa* suele ser un espantajo, y una *Pura* es á lo mejor... cualquier cosa.

No sé yo si el Sr. D. *Salvador Cordero y Buenrostro*, que es el poeta, digámoslo así, que va á ocupar hoy la benévola atención de los lectores y la mía, estará del todo comprendido en la regla.

Por de pronto, aunque se llama *Salvador*, no me parece que es el que ha de salvar á la poesía de los abismos de inmunda prosa en que la va sumiendo la llamada civilización moderna.

Ni tampoco deja de tener para aquella

hermosa y desvalida señora, al par que verdaderas sencilleces de cordero, sañas de lobo.

Y por lo que hace al último apellido, puede ser que el Sr. D. Salvador Cordero y Buenrostro sea efectivamente de rostro agraciado, no digo que no; pero aunque en realidad tenga buen rostro, no tiene buen gusto.

Buen gusto literario, se entiende.

Veán ustedes las tres décimas que ha escrito *En el álbum de Asunción*, con la agravante de haberlas publicado después en *El Porvenir de Méjico*, y me darán ustedes la razón de seguro.

Empieza D. Salvador así:

«Para ensalzar tu virtud,
Tu noble y fiel corazón,
Ha tenido inspiración
Mi ya insonoro laúd...»

¡*Mi-ya-in...sonoro!*... ¿No es verdad que esto es realmente muy insonoro y muy malo?

¿Qué oído ni qué gusto poético puede tener el que escribe este verso:

«*Mi-y'-insonoro laúd?...*»

Ese *miyin...*

¡Vamos... si no hay quien lo pronuncie de corrido!...

Y sigue:

«Que aún vibra en el ataúd...»

¿En el ataúd?... ¿Pero es que se murió usted y canta después de muerto?

Entonces casi se parece usted al Cid; con la sola diferencia de que aquél después de muerto ganaba las batallas, y usted las pierde, por lo que voy viendo.

¡Mire usted que eso de vibrar el laúd en el ataúd!...

«Para ensalzar tu virtud,
Tu noble y fiel corazón,
Ha tenido inspiración
Mi ya insonoro laúd,
Que aún vibra en el ataúd...»

No se puede negar que esto, si no tiene belleza, novedad, á lo menos, la tiene.

Es verdad que no se trata de un ataúd de hierro galvanizado, ni de un ataúd de cinc, ni siquiera de un ataúd de chopo, sino de otro ataúd enteramente desconocido hasta ahora de nuestras solícitas empresas funerarias.

Porque el poeta, llamémosle así, continúa de esta manera.

«...
Ha tenido inspiración
Mi ya insonoro laúd,
Que aún vibra en el ataúd
De los fieros sinsabores...»

Mire usted, Sr. D. Salvador, á los *sinsabores* no se les puede llamar ataúd por fieros que sean. Se les podrá llamar figuradamente

potro, mar de amargura, rueda de cuchillos, lecho de Procasto... lo que usted quiera; menos ataúd, lo que usted quiera.

Porque en el ataúd no suelen echar á nadie, sino al que se ha muerto, y el que se ha muerto no sufre ya sinsabores, ni fieros ni mansos, en este mundo.

De modo que la idea de ataúd y la de sinsabor se repelen, y por consecuencia la imagen no puede ser más desgraciada.

Continuemos:

Quedábamos en el insonoro laúd.....

«Que aún vibra en el ataúd
De los fieros sinsabores,
Que han marchitado las flores
De mi juventud primera,
Que no ha visto primavera.....»

Bueno: en primer lugar, esos tres *ques* seguidos son muchos *ques*. Así, podía usted seguir escribiendo hasta el año que viene, ó hasta el fin de su vida (y ¡Dios se la prolongue!), sin acabar el período.

En segundo lugar, incurre usted ahí en una contradicción palmaria.

Dice usted que los *fieros sinsabores* han marchitado las flores de su juventud *primera*, que no ha visto primavera.....»

Si no ha visto primavera ¿cómo tenía flores?..... Y si no las tenía ¿cómo las pudieron marchitar los sinsabores?.....

¡Ay, don Salvador! Que no vale escribir así al *vultum tuum*..... Hay que pensar lo que se escribe.

Ese otro sistema, el de usted, vamos, el de ir escribiendo lo que salga, es muy descansado para el que escribe; mas para el que lee resulta muy pesado y muy soso.

Como descansado para el escritor, sí lo es; porque no tiene que hacer más que ir atorillando *qués* y pasando de una cosa á otra. Verbigracia:

«Mi ya insonoro laúd, *que* aún vibra en el ataúd de los fieros sinsabores, *que* han marchitado las flores de mi juventud primera, *que* no ha visto primavera, sino tristeza y dolores», *que* son terribles para el alma, *que* es inmortal y fue criada por Dios, *que* colocó á Adán y á Eva en el paraíso, *que* era un jardín muy hermoso con cuatro ríos, *que* llevaban mucha agua, *que* se compone de oxígeno é hidrógeno, *que* son dos cuerpos simples, como algunas poesías..... Etc., etc.

Vamos á la décima siguiente:

«Con sólo poder mirarte
En medio de tu belleza.....»

¡Hombre! ¿Precisamente en medio?.....
Bueno: siga usted, á ver.....

«Con sólo poder mirarte
En medio de tu belleza
Puede uno.....»

¡Claro! «Con sólo poder... puede uno.» Eso cualquiera lo canta.

«Con sólo poder mirarte
En medio de tu belleza
Puede uno ver tu pureza.....»

¡Ah! Pues no: eso es lo que no se puede ver.

Digo, si se refiere usted á la pureza moral, espiritual, á la pureza del alma, esa es invisible.

Ahora, si alude usted á la pureza material, si lo que dice usted que se puede ver es que Asunción se lava la cara todos los días, entonces tiene usted razón, eso puede verse.

Lo que hay es que eso no se suele llamar pureza, sino limpieza, aseo, ó cosa así.

Repitamos el principio de la décima:

«Con sólo poder mirarte
En medio de tu belleza
(O en la orilla ¿no es lo mismo?)
Puede uno ver tu pureza.....»

Y tampoco, ahora que reparo, tampoco esto es exacto, aun cuando usted se refiera á la pureza material.

Porque tampoco ésta se ve con sólo poder mirarla. Vamos, que no basta poder mirar: hay que mirar para verla.

«Con sólo poder mirarte
En medio de tu belleza,
Puede uno ver tu pureza,
Las flores que al adornarte.....»

¡Adiós! ahora salen las flores.....

Pero ¿qué quiere usted decir con eso?...

¿Que tan sólo con poder mirar á Asunción puede uno ver las flores que al adornarla... etcétera? Pues digo lo mismo que antes. Con sólo poder mirarla, no; hay que mirarla y mirar las flores.....

Vuelta á empezar:

«Con sólo poder mirarte
En medio de tu belleza,
Puede uno ver tu pureza,
Las flores que al adornarte
Hacen al hombre admirarte.....»

¡Ay, ay, ay! ¿Con que lo que hace al hombre admirar á Asunción son *las flores* que la adornan, no sus propias gracias? ¡Pues vaya un elogio que la dice usted! No sé cómo al enterarse no le tiró á usted el álbum á la cabeza.

Vamos adelante.

«.....
Puede uno ver tu pureza,
Las flores que, al adornarte,
Hacen al hombre admirarte.....»

De modo que, no adornada
Con flores, no es admirada.

«Hacen al hombre admirarte.
Como es una joya preciosa,
Que á la par de ser hermosa
Como alhaja de valor

(¡Cuánto *come* este señor!)
Tiene la luz y el color
De la perla más valiosa.....»

«Valiosa... preciosa (que es igual)... hermosa (que tratándose de una joya es casi lo mismo); y luego *mirarte, adornarte, admirarte*, y todos los acabados en *arte*, como... soso y pesado.

Y después... comparar á una señorita con una joya preciosa, y á la joya preciosa con una alhaja de valor, que es lo mismo que joya preciosa, y á la alhaja de valor con una perla valiosa que puede ser y es muchas veces parte de la alhaja.....

Muy malo, muy malo, señor de Buenrostro: todo esto es muy malo.

Vamos á ver si concluimos. La tercera décima dice:

«Cuando pienso en que eres buena,
Que tu fe es la religión,

(Naturalmente.)

Tu estandarte la oración,

(Lo cual ya no es tan natural, porque ni la oración es estandarte, ni es de rigor que cada señorita lleve uno.)

Que tu vida *esté serena*.....»

Sí lo estará; pero dudo que lo esté tanto como otras... Lo que es, para serenidad, el autor de estos versos,

«Que tu vida *está serena*
Sin que conozcas la pena
(*Esa niña no está buena*).
Marchando con gran *placer*...»

¿Con gran *placer*... y sin bulla?...
Me parece de Carulla.
¡Á través del Océano
Los genios se dan la mano!
Mas dejémosle que acabe,
Y vamos á echar la llave.

«Cuando pienso en que eres buena...
Que tu vida *está serena*
Sin que conozcas la pena,
(*¡Válgame la Magdalena!*)
Marchando con gran *placer*
Por la senda del deber,
Podré crecer por el cariño...»

¿Sí? Usted podrá crecer, pero el verso creo que no; porque ya ha crecido de sobra.

¡Virgen Santísima, qué verso!!!

Y aun suponiendo que el *crecer* sea errata y que usted escribiera *creer*, y que el verso diga:

«Podré *creer* por el cariño...»

todavía es demasiado largo, porque *creer* tiene dos sílabas en toda tierra de letras, y para que ese verso fuera verso octosílabo tenía *creer* que reducirse á una sílaba sola, lo cual es casi tan difícil como el que un mal poeta se reduzca á silencio.

Tengo idea de haber dicho en alguna otra parte que el tonto se da en todas las latitudes.

Y lo mismo que se dice del tonto se puede decir del revistero de salones.

¿Quién había de creer que esa literatura cursi y empalagosa de Asmodeo y de sus discípulos, había de tener retoños nada menos que en la república de Chile?

Pues sí; los tiene.

Un periódico de Valparaíso que se llama *La Union*, me parece que sin acento, ha publicado una revista, ó cosa así, de la estación veraniega de Limache, que ¡vamos!...

¡Con decirles á ustedes que entre todos nuestros revisteros juntos no han escrito en su vida, y eso que la de alguno de ellos es bastante larga, tantos desatinos ni tantas ridiculeces, como escribe de una vez el apreciable revistero de Limache!

Siento no saber cómo se llama, para dejar

aquí consignado su nombre, porque merecía pasar á la posteridad.

¡Vaya! Con más derecho que otros, puesto que escribe ripios en prosa, y esto es más gracia.

Verán ustedes cómo se explica:

«El hotel Bellavista, el Inglés y el Central han sido ocupados *bote á bote...*»

¿A bote? ¿Y á voleo no?...

¿Qué querrá decir este dichoso revistero con eso de «bote á bote?»

Nada; que había oído decir «de bote en bote» y ha creído que era lo mismo.

Pero no nos paremos tan pronto.

«El hotel Bellavista, el Inglés y el Central han sido ocupados *bote á bote* por *tantos* pasajeros, no escaseando las jóvenes y hermosas *Dulcineas*, que son el encanto de la vida.»

¿De veras, amigo?... Bueno; pues tome luneta, y escuche.

Ese *tantos* no está bien ahí sin término de comparación, ni signo de admiración, ni nada que le dé sentido.

Como no sea que se refiera usted á los *tantos* del juego de pelota, ya que habla usted de botes...

Y además eso de llamar *Dulcineas* á las señoritas sólo se usa en broma; en serio es de mal gusto.

Siga usted:

«Entre estas joyas del paraíso terrenal.....»

No, señor. En el paraíso terrenal no hubo joyas..... Hubo muchas flores, muchos pájaros muy bonitos, muchos animales, entre ellos acaso algún revistero, pero joyas no hubo: no se habían inventado.

Ni hacían falta.

¿Para qué quería Eva las joyas, si era tan hermosa sin ellas que no podía ser más?

Las joyas las han inventado las feas andando el tiempo.....

Bueno, siga usted, amigo:

«Entre estas joyas del paraíso terrenal *recordamos* haber visto las siguientes:

(A ver.)

«Señorita Josefina.....»

¡Ah.....! ¿Con qué llama usted joyas á las mujeres?.....

Pues crea usted que las hay que ¡son unas alhajitas!.....

Pero bueno; de todos modos, siga usted.

«Señorita Josefina Carsón, ángel que con el bello ropaje del paraíso.....»

¡Pero hombre, por Dios!..... Si precisamente en el paraíso no hubo ropaje.....

Usted no está bueno.

Porque, aun cuando haya usted oído hablar alguna vez del *traje del paraíso*, habrá sido en sentido irónico, que es como se usa esa frase, para dar á entender la carencia absoluta de ropa.

¿Lo entiende usted?

Que está en traje del paraíso se suele decir del que está enteramente desnudo, y me parece que no andará de ese modo por Lima che la señorita Josefina.

¡Claro que no!

¡Si estos revisteros!.....

Siga usted, á ver en qué para:

«Señorita Josefina Carsón, ángel que con el bello ropaje del paraíso, ha bajado del cielo para atormentar nuestros corazones.....»

¡Bueno va, bueno! Cada vez lo pone usted peor.

¡Los ángeles bajando del cielo para atormentar los corazones de los hombres!.....

¿Cree usted que el oficio de los ángeles es atormentar?.....

¿Qué deja usted entonces para los demonios y para los malos escritores?.....

Continúe usted la lista:

«Señorita Elena Schrodgers.....»

¡Caramba! Como ponga por condición al que haya de ser su novio que aprenda á pronunciar el apellido, no se casa nunca la señorita Elena.

«Señorita Elena Schrodgers, graciosa rubicita (¡huy, que monada!) que tiene á los jóvenes en constante inquietud y celosos de poseer su amistad.»

Y eso que no se nos dice que use el bello ropaje del paraíso, como la otra.

Vamos adelante:

«Señoritas Porter, dos simpáticas morenitas que, cual perlas del Océano, atraen con sus vivísimas pupilas.....»

¡Hombre, hombre!

Esto tampoco puede pasar así como suena.

Porque, concedamos que las señoritas Porter sean dos simpáticas morenitas..... Bueno, que lo sean.

Y concedamos que con sus vivísimas pupilas atraigan, siquiera moralmente, á las personas.....

Pero aunque concedamos todo esto, aunque sea verdad que las señoritas Porter son dos simpáticas morenitas que atraen con sus vivísimas pupilas, no pueden hacerlo *cual perlas del Océano*; porque ni las perlas tienen pupilas, ni atraen, aunque sean del Océano.

¿Qué más señoritas hay?

«Señoritas de Sorusco (*¿Sorusco ó Currusco?*) imágenes del candor, por cuyos *atrayentes* rostros pasó la mano divina para realzarlos más.....»

¡No, que sería para realzarlos menos!... Eso sí que hubiera tenido gracia. La mano divina

ya se sabe que realza y hermosea las cosas.

Lo que no ha realzado es la inspiración del cronista.

Pero es porque el cronista no la tiene; y no teniéndola, «no hay cogíte que valga», como decía el rapaz del cuento.

—¿Está Dios en la bodega de tu padre?— le preguntaba el párroco después de haberle preguntado si estaba en otros varios sitios y de haber contestado el chico afirmativamente.

—No, señor, allí no está—respondió esta vez el muchacho sin vacilar un punto.

—¡Cogíte, cogíte!—decía el señor cura.— ¿No ves que Dios está en todas partes?

—No hay cogíte que valga—replicaba el rapaz—porque mi padre no tiene bodega.

Tampoco el cronista de Limache tiene inspiración, ni buen gusto, ni nada más que una aptitud para disparatar, asombrosa.

Y para imantar; porque todo lo quiere hacer atractivo.

O atrayente, como él dice.

A las señoritas Porter las imantó las pupilas; á las señoritas de *Corrusco* ó de *Sorusco* los rostros, y todavía no se sabe si parará en eso.

Veamos:

«Señoritas del Río, dulces solfeos.....»

¿Sol... qué?

¡Ave María Purísima!

«Señoritas del Río, dulces solfeos, que el oído escucha con deleite y martirizan de placer el espíritu.»

¡Jesús, cuánta barbaridad!

Unas señoritas que son *solfeos* (soles feos habrá querido decir), y un placer que martiriza..... Este hombre está loco.

Y sigue:

«Señorita Julia Lebant, Edén donde.....»

¿Cómo? *E-den-don*..... Por poco no la llama pavo..... en francés.

¡Pobre señorita Julia!

«..... Edén donde la juventud contempla la simpatía y el talento.....»

¡*Lu* que es el *talentu!*

¡*Lu* que es la *mullera!*

¡A ver si este tío

Le inventa cualquiera!

«..... Edén donde la juventud contempla la simpatía y el talento, y que misteriosamente le da (¿quién á quién?) mayor brillo, más fuego al alma.....»

E... den... don... la juventud contempla la simpatía... el talento y que misteriosamente... mayor brillo... más fuego al al.....

Vamos, que no, que no lo entiendo.

A otra:

«Señorita Angelita Campusano.....»

Díle al gato *¡sape!* y llámala Campuzano.

«Señorita Angelita Campusano, melodiosa nota, á quien Strauss desearía encontrar para sus acompasadas composiciones».

¡Pobre señorita *Campusano!* tras de echarla á perder el apellido, llamarla melodiosa nota.....

Lo cual, después de haber llamado *solfeos* á las señoritas del Río, como quiera que un solfeo no necesita ser muy largo para tener cien notas, quiere decir que cada señorita del Río vale cien veces más que la señorita *Campusano*, y gracias que la ha llamado nota simplemente, porque lo mismo la ha podido llamar, si se le ocurre, corchea ó semifusa.

Por de pronto, sigue llamando á Isaura Goicolea, «aurora de la mañana que hace despertar el amor que más se duerma»; y dice que á las señoritas Ferreira «la fresca brisa las acaricia con primor para embellecerlas mucho más», de donde parece deducirse que es una brisa muy particular aquella del Pacífico, pues las brisas de por acá no embellecen á nadie.

Y si no que lo diga Cánovas, que ha recibido en su faz las brisas más ó menos alborotadas de Zaragoza, Sevilla, Córdoba, Madrid, etcétera, y... lo mismo.

Todavía llama el revistero de *La Unión* de Valparaíso un poco más adelante á la señorita

Eulogia Ríos, *rica perla*, y no rica perla así como quiera, sino «rica perla que el pescador soñara para encontrarla en los ríos».

¡Soñar sería, eso de encontrar en los ríos perlas!

Mas aún nos falta lo mejor.

El revistero ha guardado lo más florido de su ingenio para la señorita Constanza Pini, y después de haber llamado ángel á una, perla á otra, edén á ésta, solfeo á aquella, y nota á la de más allá, cuando se podía creer que se le había concluído el chorro de los epítetos ó, si se quiere, de los disparates, sale con esta otra agudeza de su invención sin disputa ninguna:

«Señorita Constanza Pini, timbre eléctrico.....»

¡Ave María Purísima, otra vez!

¡Caramba con el revistero de *La Unión!*

Bien dice el refrán que, muriendo y aprendiendo.

Porque yo creía haber leído ya todas las tonterías que se pueden decir en revistas de salones, como que había leído á Asmodeo, á Almagro y á no sé cuántos más.....

Figúrense ustedes que hasta había visto comparar á una señorita con una *ánfora griega*, para decir que tenía las caderas bien formadas.....

Y sin embargo, después de haber visto convertir á una señorita en *ánfora griega*,